

1.- Comentario a las lecturas. Los hombres que todavía no han recibido la fe y la Gracia de Dios: hacen el bien a los que se lo hacen, saludan a los que les saludan, juzgan fácilmente a los que no piensan o actúan según su mentalidad, tienen, en definitiva, un montón de prejuicios, miedos, respetos humanos... Pero una vez que Dios les cambia el corazón, siguen teniendo sus fallos y debilidades como es natural, pero se dan cuenta por lo menos de que tienen que: respetar a todos, comprender a aquel que es diferente antes que juzgarlo, no dejarse llevar por las apariencias; En definitiva, son más conscientes de sus errores y debilidades y que no son mejores que nadie.

Este cambio se da poco a poco en todos aquellos que abren su corazón sin condiciones a la Palabra de Dios y se dejan transformar por Dios como por ejemplo le pasó a S. Francisco de Asís. Es increíble como Dios puede cambiar a alguien y hacer de una persona hedonista, vanidosa y burguesa, una pura imagen de Su Hijo: pobre y humilde. El mismo santo cuenta que en los primeros tiempos de su conversión le pedía continuamente al Señor que le manifestase su voluntad y ese día llegó en el primer encuentro que tuvo con un leproso y que cambió su vida.

Los leprosos le producían amargura, podríamos decir que le daban «asco», «repulsión», como nos puede pasar a nosotros. Un día, cuando estaba empezando a brotar en él, el deseo de entrega a Dios y de profundizar en sus enseñanzas, se topa con un leproso. En lugar de huir de él, en esta ocasión, se acerca e identificando al enfermo con Cristo, le besa las heridas infectas con misericordia. Supuso un momento trascendental en su vida, un punto de inflexión a partir del cual decidió vencer todos sus miedos y entregarse al prójimo olvidándose de sí mismo. Él mismo comentaba acerca de este episodio: *“Cuando estaba envuelto en pecados, me era amargo ver a los leprosos; pero desde que el Señor me condujo en medio de ellos y los traté con misericordia, lo que antes me parecía amargo se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo”*.

Benedicto XVI explica que "En aquellos leprosos que Francisco encontró cuando aún era pecador, estaba Jesús. Y cuando Francisco se acercó a uno de ellos y, venciendo su propia repulsión, lo abrazó, Jesús le curó de su lepra, es decir, de su orgullo". He aquí la primera curación que el Señor quiere hacernos: Cada vez que vencemos nuestra soberbia estamos pegándole una patada al Demonio en donde más le duele. Por nuestro orgullo todos rechazamos al que es diferente y aún sin conocerlo, solo por su aspecto físico, lo juzgamos y nos alejamos. Pero el Señor nos enseña en este evangelio a no tener miedo al diferente y en vez de rechazarlo tratemos de conocerlo por dentro. Nos llevaremos muchas sorpresas agradables y experimentaremos la satisfacción y la alegría que experimentan los que vencen sus prejuicios y simplemente, aman.

2.- Sugerencias para el diálogo. 1º ¿Te has parado a pensar alguna vez que tu prójimo es Cristo?; 2º ¿Te has acercado alguna vez a alguien que no es aceptado por la sociedad?: un mendigo, alguien de otro país o raza... ¿Qué te llamó la atención de la experiencia?

3.- Para reflexionar. ¡Con qué amor sale Jesucristo al encuentro de las almas que le buscan! (S. Alfonso M^a Ligorio, doctor de la iglesia).